

Eduardo García Aguilar

Medio año después de llegar al poder ensalzado por todo el mundo, el gobierno de Barack Obama o los intereses que hay detrás de él comienzan a pelar el cobre en materia de política exterior hacia América Latina. Es obvio que todos los nuevos movimientos conflictivos que se dan en la región, como el golpe de Estado en Honduras y la conversión de Colombia en base militar múltiple estadounidense, hacen parte de una estrategia destinada a cambiar la tendencia que se impuso lentamente en todo el continente latinoamericano mientras George W. Bush bombardeaba al otro lado del Atlántico y torturaba en Guantánamo, descuidando su patio trasero.

Salvo en Colombia, por vías democráticas los electores de todo el continente han dado la espalda a las viejas oligarquías blancas gobernantes que sumieron con su codicia en la miseria a cientos de millones de habitantes en dos siglos de supuesta independencia. Casi todo el mapa geopolítico continental está gobernado por autoridades de diversos matices y tendencias de izquierda moderada, decididas a buscar antes que todo el beneficio para los olvidados de la tierra y paliar de urgencia el hambre y la miseria que azotan la región.

Por supuesto que las oligarquías terratenientes blancas y los empresarios nacionales y multinacionales no están contentos con que esos gobiernos denominados por ellos "populistas" les disminuyan sus prebendas ancestrales, les limiten la codicia irrefrenable de acumular tierras y les obligue a pagar impuestos, a aumentar salarios y garantizar para sus trabajadores un mínimo de dignidad. A todo esto se agrega el trauma que significa para ellos ver los países gobernados por mulatos, zambos, mestizos, ex obreros, ex curas, mujeres socialistas y ex alzados en armas. Sin duda detrás del Salón Oval de la Casa Blanca los estrategias demócratas y republicanos han exigido invertir la tendencia en América Latina, teniendo en cuenta la creciente presencia en estas tierras de los poderosos intereses chinos, rusos y árabes y de otras fuerzas emergentes de Oriente Medio y Asia, que con rapidez han sabido aprovechar el cambio.

Todo esto no sería un problema grave si las poderosas fuerzas de la derecha empresarial y multinacional respetaran la tendencia y aceptaran las nuevas reglas del juego, mucho más cuando fueron esas fuerzas neoliberales avorazadas las que condujeron a la catástrofe financiera que vive el mundo y dejó en la ruina a grandes grupos, países, millones de familias y pequeñas y medianas empresas. Si en vez de invertir la tendencia a favor de las fuerzas de la ultraderecha agraria y empresarial, Estados Unidos optara por solidificar un cambio continental hacia más justicia social y elevamiento del nivel de vida de cientos de millones de obreros y trabajadores, América Latina podría por primera vez dirigirse hacia décadas de estabilidad sin riesgos de alzamientos ni violencia de clase. La existencia de sistemas de seguridad social que garantizan lo mínimo a los trabajadores, así como los programas de apoyo generosos a los pobres previenen la violencia, la emergencia de grupos armados y las posibilidades de la ciega y sangrienta rebelión.

Por el contrario, si con el pretexto del narcotráfico y el terrorismo Obama comienza a provocar el monstruo trayendo de regreso los golpes militares y la militarización de unos países para emprender agresiones contra otros, estaríamos optando por el peligro de que estalle el polvorín de la guerra en este sufrido continente, lo que en fin de cuentas beneficiaría a la industria armamentista de las potencias mundiales de Oriente y Occidente. Si desde Colombia se inicia una estrategia de desestabilización de los países del ALBA o del Mercosur, hay riesgo de que el terror paramilitar colombiano y de los nostálgicos de las dictaduras militares del Cono Sur se expanda y que acciones como el bombardeo en Ecuador se repitan en otros lados, conduciendo al estallido de la guerra y al dolor y la sangre en todo el continente.

Los dos argumentos esgrimidos para justificar que Colombia sea base militar del imperio en la esquina estratégica del continente, el narcotráfico y terrorismo, deben revisarse y analizarse con serenidad. Si el narcotráfico existe es porque el consumo es gigantesco en el imperio y en los países ricos del primer mundo europeo. La causa del problema está en la narices de los ricos del primer mundo, en los grandes balnearios del poder y la riqueza, donde la juventud dorada consume toneladas de droga libremente sin que nadie moleste a nadie.

¿Han hecho algo en sus sociedades el imperio y los europeos para que disminuya el consumo?
¿Por qué nuestro Incitato quiere llenar las cárceles de jóvenes marihuanos colombianos en vez de exigir que los países ricos asuman su problema? El mundo tiene que discutir con urgencia la posibilidad de legalizar esa peste para que el mundo dedique los recursos dilapidados en la guerra a prevenir, como se hizo en su tiempo con la prohibición del alcohol, que provocó el surgimiento de mafias de gánsters de película representados por Edward G. Robinson y Humphrey Bogart en los años 40.

En lo que respecta al terrorismo, parece que Incitato sólo tuviera a mano ese concepto para usarlo como epíteto maníaco contra todo lo que no se ajuste a su limitado entender. Porque el terrorismo islámico que enfrentan Estados Unidos y Europa o las famosas bandas terroristas europeas de los años 70 no tienen nada que ver con la ancestral violencia colombiana que historiadores y sociólogos saben que existe desde hace mucho y obedece a razones que cualquier experto conoce y sabe de memoria.

Todo indica pues que Incitato, el caballo de Calígula que gobierna Colombia, va a conducir al país ya no a una guerra civil interna, sino a varias guerras externas con países de la región, al convertir esta bella tierra nuestra en base múltiple militar al servicio de los intereses estadounidenses. Al fin y al cabo no son sus hijos los que morirán en las trincheras sino los de los pobres colombianos que pagan el servicio militar, que como bien sabemos es "para los de ruana". Ese hombre habla todos los días de patriotismo, pero es el menos patriota de la historia pues regala el país al imperio sin pedir nada a cambio. Le importa un comino que 45 millones de colombianos quedemos metidos por su locura en medio de una guerra continental de consecuencias incalculables. Esperemos que Obama o su gente no estén ya pelando el cobre y detengan a tiempo esta peligrosa deriva estratégica que sólo traerá dolor para todos.